

## *Océano Atlántico, año de Nuestro Señor de 1520*

**E**mbarcar. Cuánto luché catorce años atrás para regresar a mi tierra y ahora... ¡Qué fácil había sido! Tanto, que nadie habría dudado de la intervención de la Divina Providencia. Nadie excepto yo... Aunque quizás no dudaba de ella, sino simplemente estaba furioso por sus designios. No se me ocurrió, en aquel momento, que pudiera ser misericordia de Dios.

En la popa de la nao, a veces notaba las miradas furtivas de algún marinero. Pero mis ojos no se desviaban del horizonte, y sólo desprendía mis manos del hatillo que llevaba conmigo para apartarme algún mechón de pelo. Recuerdo que pensé en esos marineros..., o más bien en lo que hubiera pensado al toparme con un hombre como yo cuando fui, por breve tiempo, uno de ellos: o me creían un noble engraido con mi rica túnica negra; o sólo me consideraban un caballero misterioso que miraba lo que dejaba atrás con su capa al viento, silencioso e indiferente, abrazado a un hatillo de algodón rojizo.

La nao henchía sus velas camino del este, pero yo permanecía en la popa mirando la puesta de sol. Era lo único que me hacía sentir cierta alegría, un regocijo melancólico mientras entornaba mis ojos para mirar la franja anaranjada de ribetes violáceos sobre el horizonte.

«Erguido, Guifré. Mira hacia delante con la cabeza alta. ¡Por Dios! Eres el barón de Orís.»

Resonaba en mi mente el eco de las palabras con las que mi padre me había aleccionado sobre mi sitio en el mundo. Me ayudaban a aguantar el trayecto. En cuanto solucionara lo de las cartas... ¡volvería a Orís, a Cataluña! Pero por más que aspiraba el aire del mar, por más que recurría a la voz de mi difunto padre dejándome mecer por las olas, no sentía en mis entrañas un ápice de la ilusión que debiera acompañar a aquel retorno a mis raíces, al destino que me correspondía por nacimiento. No. Quitando los leves instantes en que el mar parecía lamer al

sol para acogerlo en su seno quieto y húmedo, lo único que sentía era desprecio. Desprecio hacia mí mismo por no quedarme y luchar. ¡Qué fácil había sido!

Un bote me llevó hasta la nao. Sentado, ni siquiera tuve que remar. Vestido como tocaba a mi recuperada posición de barón, con ropa que ocultaba la marca de la esclavitud en mi brazo, retornaba gracias a que un castellano de noble linaje reconociera mi nobleza de cuna, la que me otorgaba Dios Nuestro Señor en su orden divino. Me despreciaba a mí mismo por haber usado eso, la palabra de ese Dios único, para retornar cuando la tierra de sueños que me acogió se tornaba pesadilla; cuando la vida de leyenda que fue mi realidad durante más de diez años se quemaba cual infierno en nombre de la Palabra... Me despreciaba a mí mismo porque huía. Pero ¿cómo huyes de ti cuando vuelves al que debiera haber sido tu lugar?

Domènec se miró en el espejo. El tiempo se había llevado su juventud, pero le había compensado con creces. El obispo de Barcelona se ajustó el cíngulo al hábito. Alargó el brazo derecho y abrió una arqueta. Sonrió ante el brillo dorado de su cruz pectoral. Desplegó la cadena ceremoniosamente y se la colgó al cuello. De reojo vio su propia cama deshecha y se sintió molesto; nadie había aparecido para arreglar la habitación. Pero aquel iba a ser un gran día, tenía que serlo.

«Esta vez, su Eminencia Reverendísima no podrá interponerse. Por mucho que sea el regente de Castilla... —Se puso el anillo pastoral que sacó de la misma arqueta y lo acarició con una sonrisa tensa—. O precisamente por eso. Adriano sabrá que ha llegado la hora de recompensarme. Ya estoy harto de ser su recadero. ¡Las Cortes han acabado! Que continúe él siendo Inquisidor General de Castilla y me deje a mí el mando en Aragón.»

Suspiró profundamente. La humedad del río Duero llegaba incluso hasta su estancia y le hacía sentir frío. Se estremeció. Esperaba dejar pronto Tordesillas y volver al Principado investido de mayor dignidad, más poder que el que le proporcionaba su título de obispo de Barcelona. Para ello trabajaba duro desde hacía ya catorce años.

Se miró en el espejo. Había adelgazado, había perdido la melena negra de su juventud. Pero continuaba siendo un hombre alto, de aspecto robusto y noble porte. Se observó en su hábito morado y a su mente

acudieron los sueños de su infancia. Sueños que lo habían invitado a una vida de caballero, de señor de su propio castillo... Pero Dios le había señalado que ese no era su camino.

Y fue Guifré, su hermano mayor, quien se lo indicó. Ambos altos, se habían diferenciado por la edad, el color de pelo y el ancho de los hombros. «¿Cómo hubiera sido Guifré con treinta y seis?», pensó. Habían pasado ya muchos años y ahora, de pronto, se acordaba de él, incluso su alma se atrevía a añorarlo. Le hubiera gustado que el primogénito viera cuán alto había llegado. Aunque Guifré era el destinado a heredar la baronía, al final había sido él, Domènec, el relegado a la Iglesia, quien elevó el linaje de Orís muy por encima de lo que jamás hubiera alcanzado a soñar su padre.

El obispo de Barcelona sacudió la cabeza, alejando aquellos pensamientos que, de pronto, le parecieron absurdos. Tenía cosas más importantes que hacer. Se alisó el hábito, comprobó nuevamente ante el espejo que su aspecto era impoluto y salió de su estancia para encontrarse con el cardenal Adriano, regente de un reino en guerra.

Las estrellas refulgían en el cielo. Sin rastro de luna, señoreaban nuestro rumbo. Tras la puesta de sol solía invadirme una paz vacía. ¿Indiferencia? Me senté en la escalinata del castillo de popa de la nao, con el hatillo en mi regazo. En él había metido las tres cartas que debía entregar al regente de Castilla. Me las dio fray Olmedo antes de partir. Nunca confié del todo en aquel fraile porque pude comprobar que su prudencia no se debía a la misericordia, sino a la codicia.

Acaricié la suave capa de algodón con la que había hecho mi hatillo. Mi mente evocó el sonido de las caracolas y los tambores en las noches estrelladas de aquella azotea que fue parte de mi hogar. Me sentí cansado.

«No —me dije—. Primero iré a Orís y luego ya veré cómo hago llegar estas cartas.»

Busqué en mi corazón. Y mecido por el mar nocturno dejé que a mi mente acudiera el amanecer del día en que partí de mi castillo.



# I

## *Les Gavarres, año de Nuestro Señor de 1506*

Todo cambió el día en que me iba a casar. ¡Cuántos años de aquello! Dios Santo, debía de tener veintidós. Enjaezada para la ocasión, mi montura me llevaba al trote a través de campos de retamas en flor, matorrales y algún pino que extendía su amplia copa redonda. Vestía la túnica rojiza que le había prometido a ella, especialmente elaborada para la ocasión con brocados dorados. Un sombrero grana de ala ancha me protegía los ojos de la luz del sol naciente y la capa de exquisita lana me resguardaba del aire frío del amanecer. Escoltado por cuatro vasallos de mi baronía, nos dirigíamos hacia las marismas, tras las montañas de Les Gavarres que separaban el llano de la costa. Ya podíamos ver sus siluetas de cimas redondeadas en el horizonte. No tardaríamos en alcanzarlas. Los nervios atenazaban mi ilusión. Me decía a mí mismo: «Cuando venga hacia el altar, fíjate sólo en sus ojos verdes». Y al instante acudía a mi mente Elisenda, menuda y discreta, conducida por un padre receloso y altivo. Entonces, notaba la garganta reseca entre los pálpitos acelerados de mi corazón.

Al llegar a los pies de las montañas, una amplia pista nos permitió mantener el ritmo que llevábamos desde el llano. Iniciamos la subida rodeados por encinas. A medida que ascendíamos, sus copas se fueron abigarrando y nos cobijaron del ardiente sol de la mañana. Los cascos de los caballos dejaron de levantar polvo para embarrarse. Quizás había sido la humedad nocturna y el rocío del amanecer, quizás había llovido la noche anterior. Aparecieron algunos charcos y disminuimos del trote al paso para evitar salpicar nuestras elegantes vestimentas.

El sol dibujaba las sombras de unas monturas inmóviles sobre la montaña. De vez en cuando, los caballos piafaban ansiosos de entrar en acción. Ninguno de los harapientos jinetes atendía cómo el amanecer

se exhibía tras la turbulenta noche de tormenta primaveral. Miraban al lado opuesto, a las cinco monturas que se aproximaban desde el llano. El jefe del grupo sujetaba las riendas con una mano y, con la otra, la empuñadura de su espada enfundada. Le molestaba la cavidad ocular que otrora albergó su ojo derecho. Le molestaba con un picor denso y permanente, pero no alteraba su concentración. Le gustaba llevarla destapada para intimidar al enemigo.

El jefe desvió la mirada de las monturas vigiladas que ya subían hacia ellos y ladeó la cabeza. Faltaba poco. A su diestra estaba el angosto paso por el que la comitiva debería atravesar la sierra para llegar a la costa. La cima de la montaña parecía partida en dos a causa de ese camino. Dos colmillos graníticos: sobre uno, él y su grupo; sobre el otro, el resto de la banda. No había posibilidad de fallar. Conocían la montaña, Les Gavarres eran su casa. Y desde luego, la información que les habían dado se demostraba precisa a juzgar por lo que veían.

Los trinos de los pájaros quedaron ahogados por los relinchos próximos y por el sonido despreocupado de unos cascos. Una gaviota surcó el cielo. Los cinco caballeros procedentes del llano aparecieron en el campo de visión de sus vigilantes. El jefe, sigiloso, desenvainó su espada y la dejó refulgir al sol. Los jinetes que aguardaban al otro lado del paso vieron la señal y uno de ellos respondió al cabecilla con un destello.

—¡El rubio no se nos puede escapar! —gritó el jefe ya al galope.

Diez jinetes desharrapados se abalanzaron sobre la comitiva. Los cinco caballeros lujosamente ataviados apenas pudieron mantenerse sobre sus monturas, encabritadas ante la sorpresa de la emboscada.

En el patio interior de la enorme casa amurallada, las mesas repletas de viandas, con botellas metálicas de exquisita labranza y delicadas copas, estaban perfectamente dispuestas entre vistosos adornos florales elaborados para la ocasión. Los invitados habían empezado a llegar, pese a ser hora algo temprana. Los más importantes procedían de diversos puntos de Cataluña y habían querido prevenir cualquier retraso. Tras presentar sus respetos al señor de la casa, se reunían en círculos dispersos y bebían el vino producido en aquellas mismas tierras.

Cerca de la puerta, como buen anfitrión, Gerard de Prades, el conde de Empúries, sonreía intentando disimular la ofensa que para él impli-

caban aquellas nupcias. El conde vestía una túnica totalmente negra en la que refulgía algún hilo plateado en cuello y puños. Aunque no era un atuendo especialmente alegre, desde luego era elegante y realzaba su porte noble. No era un hombre alto, pero sus amplios hombros, su barba de un color castaño oscuro y su actitud generaban tanta admiración como respeto. Estaba dispuesto a ofrecer un gran ágape por las nupcias de su hija, pero, desde luego, había optado por hacerlo fuera de su condado, en la pequeña ermita de su casa de Pals y no en la preciosa basílica de Santa María en Castelló d'Empúries. Elisenda se casaba con un noble señor, pero sin duda de inferior rango del que su padre hubiera deseado. La boda de su primogénito Gerau no sería así. Ya se había asegurado de ello: lo había prometido a la *pubilla*\* del señor de Assuévar, Pere de Cardona, portavoz del mismísimo gobernador general de Cataluña.

—Al que no veo es al lugarteniente —susurró Gerau a su padre.

—Desde luego que no, hijo —respondió el conde con tranquilidad—. Se hará esperar. El lugarteniente es el áter ego del rey Fernando y no vendrá hasta poco antes de la ceremonia.

—Quizás ni aparezca —les sorprendió por detrás el futuro consuegro del conde de Empúries—. Esto no es una catedral, ni una ciudad. Estamos a las afueras de todo. ¿Qué va a hacer aquí, sin pueblo ante el que pavonearse?

—Querido señor de Assuévar —sonrió Gerard—, estamos nosotros. ¿Qué mejor que verse reverenciado por tan noble sangre como la que aquí se halla?

Pere de Cardona miró a su alrededor. Desde donde estaba veía perfectamente el patio delimitado por la muralla de la casa. Los vestidos de las mujeres adornaban la fiesta con escotes rectos que apenas dejaban intuir el pecho. Las toquillas ocultaban los cabellos de las casadas, mientras que las solteras paseaban su virginidad luciendo sus sedosas cabelleras sueltas, coronadas por alguna sencilla diadema. Los hombres de los más altos linajes catalanes estaban allí, vestidos con sus sobrias túnicas aterciopeladas. Pero su actitud distendida y sonriente era un disfraz para disimular las tensiones políticas. Sin duda, Gerard de Prades exhibía con aquella celebración todas sus influencias. A pesar de

\*Según la tradición catalana, la pubilla es la hija mayor que, en ausencia de hijos varones, se convierte en heredera universal de los bienes de sus padres.

que no celebraba la boda de su única hija con el fasto correspondiente a su elevada posición, nadie se había atrevido a declinar la invitación del conde.

Las mujeres rumoreaban acerca de la generosidad de Gerard de Prades al dejar casar a la joven Elisenda por amor. Reían maliciosas al pronunciar tal palabra, destacando la gentil belleza del joven Guifré, barón de Orís:

—Es todo un caballero, tan elegante, tan educado. ¿Qué habrá visto en ella? Siempre tan discreta, tan sosa...

—Condesa de Manresa —se permitió contestar un noble señor—, Elisenda es hija de conde. Es obvio lo que ve un barón, ¿no cree? Cuando menos, una carrera política más allá de la plana de Vic.

—Ay, marqués de Montsolís... ¡Qué malicioso! —rió ella irónica despertando, cual señal de guerra, la hilaridad de las mujeres que la rodeaban.

Sin embargo, los hombres intentaban buscar algún motivo político escondido para que el conde cediera a que se celebrase aquella boda. Tenía que haber uno. Gerard era un hombre que acumulaba gran poder. Y resultaba obvio que el compromiso entre su Gerau y la *pubilla* de Cardona formaba parte de la estrategia del conde de Empúries para aliarse con el poder de Barcelona. Pero ¿qué le movía a la boda de Elisenda? Se rumoreaba que los poderosos señores de Montcada habían mediado para que la joven se casara con el barón de Orís. Pero los señores de Montcada tenían un hijo casadero, aunque no fuera el primogénito. Si Gerard hubiera querido afianzar una alianza con ellos, no necesitaba a Guifré. El conde podría haber sacado mayor provecho de la boda de su única hija. ¿Y el amor como motivo? El oportunismo de Guifré de Orís resultaba demasiado tosco y, desde luego, Gerard no era tonto. Aquella boda debía de encerrar una razón política, aunque fuera imperceptible.

La condesa de Manresa ladeó la cabeza, fijó sus ojos en un apuesto fraile dominico que acababa de entrar y se llevó la mano al pecho. El monje saludaba a Gerard de Prades, a su hijo y al señor de Assuévar. La condesa, con una sonrisa provocativa que pretendía indiferencia, preguntó al marqués:

—Y ese dominico con aire de guerrero, ¿quién es?

El marqués sonrió percibiendo el brillo en los ojos de la dama. El sobrio hábito blanco no ocultaba la corpulencia de un joven de



amplios hombros, pelo negro y una mirada azul estremecedora por su frialdad:

—Es Domènech de Orís, hermano menor del novio.

—¿Ah, sí? No se parecen en nada. ¡Dios bendito! —suspiró la condesa—: ¿Y por qué no lo había visto antes?

—Ha estudiado fuera. Dicen que ha venido de Roma expresamente para la boda. —Y en un susurro añadió—: También dicen que es incorruptible.

—Interesante —murmuró la condesa sin quitarle los ojos de encima.

Domènech fue informado de aquella boda a través de una carta de su hermano. Pero no había regresado de Roma a posta para asistir a aquel evento. Su presencia había sido reclamada para ocupar su destino en el Principado. Cuando supo que lo quería de vuelta fray Diego de Deza, dominico como él, arzobispo de Sevilla e Inquisidor General de los Reinos de Castilla y Aragón, había esperado un puesto destacado, cuando menos, en Barcelona. Pero al ver su destino dedujo que la petición había sido firmada como un simple trámite.

A la decepción se sumó la envidia por la boda de Guifré con tan alta estirpe. Era como si su hermano, del mismo noble linaje que él, sólo por ser dos años mayor, pudiera abofetearle con un guante exhibiendo el gran destino que aguardaba siempre a los primogénitos. Y Domènech ni siquiera podía responder a la ofensa, puesto que se suponía que esta no existía. Así que su ánimo sólo gozaba de la predisposición necesaria para esbozar una sonrisa forzada al conde de Empúries.

—Fray Domènech, me alegro de que haya podido llegar sin problemas —dijo cordialmente Gerard.

—Gracias, señor, por ofrecerme escolta —respondió el dominico.

—Los caminos en nuestras tierras no son todo lo seguros que deberían —comentó el joven Gerau.

—Los bandoleros son el gran problema de nuestro estimado lugarteniente —dijo algo irónico el señor de Assuévar.

—No aburramos a fray Domènech con este tema —interrumpió Gerard con gesto de fastidio. Y dirigiéndose al clérigo añadió—: Tengo entendido que va a quedarse en tierras del Principado.

—Cierto, Dios ha tenido a bien disponer que cumpla mi humilde servicio en la Santa Inquisición.

Siguieron unos instantes de tenso silencio, pero el conde se apresuró a romperlo:

—Importantes son sus designios, fray Domènech, al servicio de la fe. Sabio fue el rey de Aragón, don Fernando, en su alta misión de librarlos de la herejía al instaurar en nuestras tierras esa Inquisición.

—Gracias, señor —respondió el monje sin que le pasara desapercibida la que ahora era mirada de sorpresa de Pere de Cardona.

Un pensamiento fugaz cruzó la mente de Domènech. Quizás él también pudiera sacar provecho de aquella boda.

Aparecieron rodeándonos en un galope furioso. Podríamos haber huido hacia delante, ladera abajo, por el camino que nos había de llevar a Pals. Pero la rapidez y la sorpresa del ataque impidieron cualquier reacción lógica. Excepto la de intentar defendernos.

—¡Bandoleros! —oí gritar a Frederic, el más diestro caballero de entre los vasallos que me acompañaban—. Agrupaos alrededor del barón.

Mi caballo se encabritó alzándose sobre sus patas traseras sin dejarme desenvainar la espada. La escolta no tuvo tiempo de rodearme. El relincho de los animales nerviosos se mezclaba con el choque metálico de las espadas en combate. Intentaba controlar a mi montura para que no me tirara cuando vi, de reojo, el fulgor de una espada buscando mi cabeza.

Todo fue muy rápido. El miedo que atenazaba mi corazón me hizo desenvainar en un impulso. Sostuve la espada ante mi cara con todas mis fuerzas y apenas logré evitar que la del atacante me segara la mejilla. Estaba instruido en armas, pero jamás había entrado en combate real. Notaba mis sienes latiendo, la sangre a borbotones por mis venas y temblores por todo el cuerpo. Mi atacante, tuerto, rió mostrando pedazos de dientes negruzcos. Volvió a alzar su espada y mis brazos se movieron, solos, en mi defensa.

Oí gemidos, oí un cuerpo caer tras de mí. Un lamento y, de pronto, todo me sabía a sangre. Una embestida al caballero que me flanqueaba me había salpicado. Vi a Frederic caer de su caballo mientras me miraba. Apenas pude distinguir sus facciones totalmente ensangrentadas. Al tocar el suelo, ya no se movió. El tuerto aprovechó mi distracción para lanzarme otro ataque. Esta vez mis fuerzas, dominadas por el pánico, no

reaccionaron a tiempo. Caí del caballo. Oí un galope alejándose, quizás huyendo.

—Dejad al cobarde. Tenemos al rubio aquí en el suelo —rugió una voz.

Todo era barro y cascos de caballos asustados. Me revolqué intentando zafarme de morir pisoteado.

Cuando conseguí levantarme, ya no había caballos. Estaba rodeado de diez hombres que se reían de mi pánico. Un cuerpo yacía irreconocible con las vísceras colgando, Frederic estaba boca abajo sobre un charco sanguinolento y Quim, de apenas diecisiete años, gemía agónico. Los bandoleros no le hacían caso. Simplemente me observaban como si fuera el bufón de un palacio:

—Miradlo. ¿Este es el noble barón? ¡Qué fiero!

—Más parece un cerdo en la pocilga.

Yo, con la espada alzada, giraba sobre mí mismo. Intentaba aparentar que repelería cualquier ataque a pesar de las risas. Sí, risas que eran como puñales en mi mente mientras veía las tripas de mis vasallos sobre la tierra húmeda. Quim dejó de agonizar.

—¿Qué queréis? No llevábamos nada de valor —grité al fin, furioso.

El hombre sin ojo sonrió:

—Te queremos a ti. Ya nos han pagado por tu persona —respondió.

Luego, una explosión de dolor seco en mi cabeza, oscuridad y silencio.

En su alcoba, la joven bajó la mirada en un repentino ataque de rubor. Miró el vestido que llevaba, liviano y rosado, ribeteado con hilos de oro y plata. De pronto, una sombra atravesó sus ojos verdes y sus piernas empezaron a temblar. Se sentó en la silla de su tocador, buscando calma.

—Tranquila, pequeña. Nadie va a notar nada excepto lo mucho que os queréis. Sabes que eres muy afortunada por ello, Elisenda.

Joana era más que una criada. Siempre sabía cómo tranquilizarla. Sus ojos de un marrón oscuro la llenaban de serenidad. Tras la muerte de su madre, la entonces joven sierva se había encargado de amamantar a Elisenda y a su hermano mellizo, Gerau. Los había criado a ambos,

pero fue especialmente amorosa con la niña cuando su padre, viudo y sin ánimos para nuevas nupcias, se había dedicado casi por completo al primogénito, garantía de la continuidad de su linaje. Elisenda esbozó una sonrisa nerviosa:

—Sí, Joana, lo sé. Es sólo que... Quisiera que la boda hubiera pasado ya. Quisiera estar casada, estar con él.

Las voces festivas de los invitados en el patio interior subían a la alcoba de la joven, en el segundo piso. Los cortinajes verdes relucían con el sol primaveral y parecían más livianos que de costumbre. Hacía rato que la novia estaba absolutamente preparada. Había despedido al resto de doncellas y sólo le pidió a Joana que permaneciera con ella a la espera de ser llamada para desposarse, al fin, con Guifré. La ansiedad por verlo, otra vez y para el resto de sus días, la consumía. La risa estridente de su hermano mellizo se distinguió entre la algarabía del patio. Y otra vez apareció una sombra en sus ojos ilusionados.

—Elisenda, los nervios son normales en cualquier novia. Incluso diría que el temor. Pero tú y Guifré os amáis, no hay nada malo en ello. Tu padre ha cedido, es lo que querías.

—Es lo que me apena. Simplemente una concesión. —Elisenda concentró su mirada en los brazos de la silla, repasando con sus dedos el trazo de las vetas de roble—. Lo ha preparado todo, pero por respeto a los señores de Montcada. Por dentro siente más disgusto que el que mi hermano demuestra.

—El joven Gerau aún no es conde, mi niña. Es tu padre quien te llevará al altar y te entregará a la protección de Guifré. ¡Ante toda la nobleza, Elisenda! Y Gerau aprenderá a estar conforme, aunque sólo sea por respeto a tu padre.

—Supongo que desearía que este día fuera feliz para todos —suspiró la joven.

De pronto, algo hizo callar a las dos mujeres. Elisenda alzó la mirada hacia la ventana. Desde el patio había ascendido un repentino silencio seguido de un murmullo de temor y la entrada de un corcel, uno solo. Elisenda miró a Joana y sintió que el corazón se le salía por la boca. La criada se asomó a la ventana en busca de alguna explicación que pudiera tranquilizar a su niña, pero sólo vio a un joven caballero caer herido de su montura a los pies de un monje dominico.

—¿Qué sucede, Joana, qué pasa?

La mujer se giró para responder, pero los ojos de angustia de la jo-

ven la turbaron aún más, sellando sus labios. La única respuesta que obtuvo Elisenda vino de los gritos indignados de los hombres en el patio:

—¡Vayamos a las montañas!

—¡Esto es intolerable! ¡Un insulto a nuestro honor!

—¡Un ultraje! ¡Acabemos con esos bandoleros!

La novia no quiso oír más. Se levantó de la silla con tal brusquedad que la tiró por los suelos y salió de la habitación sintiendo que las sienas le explotaban. Llegó al piso inferior. El murmullo de los criados se tornó silencio y miradas de espanto siguieron los movimientos de la joven señora. Esta se precipitó hacia fuera y, mientras se abría paso sin dificultad por el patio, sólo vio horror entre las caras de los invitados a su boda sin poder distinguir rostro alguno. Hasta que chocó con un hombre que se interpuso en su camino. Una mano masculina se posó sobre su barbilla para obligarle a alzar la mirada. Elisenda vio los ojos iracundos de su hermano, pero su voz sonó compasiva:

—Han atacado a la comitiva de Guifré en Les Gavarres. Sólo ha conseguido llegar un hombre hasta aquí.

La joven se resistía a creerlo. Sentía el estómago revuelto y el corazón a punto de salirse por la boca. Se zafó de los brazos de Gerau y se abalanzó hacia delante. Lo que vio detuvo sus pasos. Un fraile dominico cerraba los ojos de Jofre, vasallo de Guifré. El padre de Elisenda estaba al lado del cadáver, mientras un charco de sangre se extendía con su vívido color y amenazaba con manchar las ropas del conde.

—¡A los caballos! Salgamos hacia Les Gavarres —gritó Gerard de Prades.

Un rugido se apoderó del patio interior, mezclado con cascos y relinchos de briosos caballos que aguardaban a las puertas de la casa amurallada. El conde distinguió a su hija, inmóvil, entre los hombres que ya salían. Su suave piel blanca se veía translúcida por el miedo. Sus ojos verdes parecían perdidos en los detalles del cadáver, sin valor para dejar fluir las lágrimas. Por primera vez en mucho tiempo, el padre quiso abrazarla.

Se aproximó a ella y sólo fue capaz de articular una aseveración que tronó brusca en su ya de por sí profunda voz:

—Vamos a buscarle, Elisenda. Se casará contigo, te lo prometo.

—Ella miró suplicante a su padre. Él se mordió el labio inferior y ordenó—: Joana, súbela arriba.

Elisenda desvió sus ojos hacia donde miraba su padre y vio a la sir-

vienta. No había notado la presencia de la mujer. Joana la rodeó por la cintura con el brazo y la obligó a apoyarse sobre ella. A la joven novia no le respondían las piernas. Se dejaba arrastrar perdida entre pensamientos inconexos. Entró en la casa mientras los caballos se alejaban al galope. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, pero no se dio cuenta. Alzó la mirada hacia las escaleras que debía subir. «¿Cómo?», pensó. Quería llorar, quería gritar, pero no podía. No corría ya la sangre por su cuerpo pues en el lugar que ocupara su corazón ahora sólo había un intenso dolor palpitando.

## II

### *Pals, año de Nuestro Señor de 1506*

El sol del atardecer calentaba el empedrado de las callejas de Pals, estrechas y laberínticas. Los pasos de Domènech sonaban enérgicos sobre los adoquines. Hasta que se detuvo frente a la austera iglesia del pueblo. Sus ojos fueron del pequeño rosetón a la torre de vigía que se veía detrás, vacía. Tras cerrar los ojos de su amigo de infancia, el fraile había sentido la necesidad de huir de aquel patio teñido de sangre. Quería huir de la impotencia que lo corroía. Todos los caballeros habían salido hacia Les Gavarres, las puertas de Pals se habían cerrado a cal y canto y en el interior de la muralla sólo quedaban mujeres, niños y clérigos. Pero su condición de hombre hubiera deseado ir con los caballeros, vengar la muerte de Jofre...

El monje entró en el templo. Su vista se fijó en el sencillo crucifijo que presidía el ábside, justo bajo la vidriera alargada que apenas dejaba entrar luz al interior. Se dirigió al primer banco y se arrodilló en busca de una rutina acogedora. Dos candelabros circulares pendían del techo, escoltando el crucifijo. Domènech aspiró el aire, cerró los ojos y a su mente acudió su primera extremaunción, la de Jofre.

—Acógelo en tu Reino, mi Señor —susurró.

¡Cuánto habían jugado de niños! Cuando Jofre visitaba el castillo de Orís, él y Domènech combatían con sus espadas de madera simulando grandes batallas. Guifré alguna vez participaba de estos juegos, pero a menudo parecía distraído.

«Guifré...» Domènech lo recordaba sentado bajo un árbol. El recuerdo le dibujó una sonrisa de añoranza en el rostro. Sí, Guifré con su espada de madera reposando sobre la hierba y sus manos ocupadas por algún pergamino. La sonrisa de añoranza se convirtió en una punzada de dolor.

El castillo de Orís se erguía, soberbio, sobre un peñasco. Los campos de cultivo se extendían a sus pies salpicados por algunos pinos. El día era luminoso y las montañas del Montseny y el Puigmal se alzaban cercanas como una boscosa muralla natural. A sus diez años, ni acompañado por algún siervo o vasallo podía salir Domènech de las murallas del castillo. Sólo tenía permiso para hacerlo acompañado de Guifré.

El aire fresco y el olor de la tierra invitaban a cabalgar. Pero Domènech no se atrevía a pedirselo a su hermano. El pequeño, con su espada de madera prendida al cinto, miraba desde la muralla el verde tapiz surcado por el tono terroso de los caminos. De vez en cuando ladeaba la cabeza y veía que Guifré seguía a sus pies, sentado. La muralla era su respaldo y leía un libro de Esopo, obsequio traído de Valencia por los señores de Montcada a su padre. «Si se entera de que lo tiene Guifré...», pensaba Domènech. Y por unos instantes se le pasaba por la mente delatarlo. Sin embargo, pronto se desvanecía la idea con un soplo que decía a algún recóndito lugar de su interior: «No vale la pena. Es el primogénito, el heredero. ¿Qué le hará padre?».

—Vamos, Guifré, salgamos del castillo —rogó Domènech, harto de admirar el paisaje—. Vayamos a jugar fuera de las murallas.

Guifré lo miró. Domènech notó cierto aire de fastidio por la interrupción. Pero para su sorpresa, su hermano dijo:

—Está bien, vamos.

Domènech dio un brinco de alegría. No esperaba una respuesta afirmativa sin que se hiciese de rogar. Tenía ganas de jugar, revolcarse entre la hojarasca en pleno combate, dejar volar su imaginación.

Guifré seguía a su enérgico hermano, dirigiéndose ya hacia la puerta del castillo. A Domènech le molestaba depender del primogénito para hacer ciertas cosas. No necesitaba su protección, por mucho que padre no dejara de repetirlo. Domènech sólo era dos años menor que él y, además, prácticamente medían lo mismo. Pero lo que más molestaba al pequeño era sentir que Guifré lo aguantaba por deber y cedía a sus deseos simplemente porque se ponía pesado. Por eso, su alegría era mayor aquel día.

Ya extramuros, la energía de Domènech se volvió entusiasmo. Habían descendido las escaleras hasta la iglesia de Sant Genís. El castillo sobre el peñasco quedaba tras ellos. Y ahora ascendían otro pequeño pico que se alzaba justo ante el templo. Entre los pinos, Domènech saltaba por el terreno y blandía su espada para deshojar ramas y decapitar



matojos. Al llegar arriba, el campanario de la iglesia y el castillo quedaron tras ellos.

—¡Saca tu espada, Guifré! ¡Lucha por el condado de Ausona! —espetó el pequeño al fin.

—¿Contra quién? —respondió burlón Guifré y miró teatralmente la tranquila arboleda a su alrededor.

—Contra los moros, contra los herejes... —gritó Domènec, enojado, levantando su arma de juguete ante su hermano—. Desde luego... Ni siquiera has traído la espada.

—No, voy a leer aquí, bajo este pino. La espada la guardo para aprender a combatir, no para jugar.

Domènec frunció el ceño, impotente ante el desprecio del que se sentía objeto. Guifré se podía permitir esos comentarios porque era el mayor. La rabia le hizo apretar los dientes. En su fuero interno, el pequeño sabía que eso de usar la espada para el combate y no para jugar era una excusa. A Guifré no le gustaban las espadas. Prefería los libros y esos extraños pergaminos con mapas, incluso dibujar y mirar las estrellas. Domènec consideraba que era, simple y llanamente, un cobarde indigno de su posición. Y lo que más le irritaba era que su padre no lo veía: parecía cegado porque Guifré nació primero.

Al ver a su hermano mayor a punto de sentarse, la ira se apoderó de Domènec.

—Si quiere un enemigo real, lo va a tener —masculló.

Sus músculos se tensaron y, de pronto, soltó un alarido y se abalanzó sobre él.

Guifré cayó tras la imprevista embestida de Domènec. El libro se le escurrió de entre las manos y rodó por el suelo, bajando por el lado más abrupto del pico, en dirección opuesta al castillo. Domènec estaba encima del hermano mayor y le propinó un golpe en el brazo que había alargado para intentar atrapar el preciado objeto.

—Padre te castigará por perderlo —rugió intentando golpearle de nuevo.

Guifré esquivó el golpe y luchó por sujetarle los brazos.

—Domènec, ¡basta ya!

—¿No querías aprender a combatir? ¡Vamos, cobarde!

Domènec se revolvía mientras Guifré intentaba aplacar aquella furia. El pequeño era más corpulento y sabía que su hermano apenas podía contenerlo. Esto alentó su lucha, la lucha por su honor. En el

forcejeo, rodaron por el suelo, tomando el camino que había seguido el libro.

—¡Nos mataremos! ¡Detente!

—Admite que eres un cobarde. ¡Admítelo delante de padre! —rugió forcejeando con rabia.

—¡El precipicio! —aulló Guifré.

Domènech alzó la vista y se vio casi al borde del barranco que rompía la abrupta ladera. Por primera vez fue consciente del peligro real. La ira se evaporó. Instintivamente, sus manos se aferraron a una roca. Sintió cómo le crujían los huesos de los brazos al frenar súbitamente la inercia del recorrido.

Domènech se soltó de la roca, exhausto por el esfuerzo. Olió la hierba rala que cubría esa zona. Su padre lo iba a castigar por aquello, seguro, en cuanto Guifré se lo contara. Dispuesto a disculparse ante su hermano para evitar males mayores, se sentó de cara al precipicio. Le separaban unos cinco pies del mismo. Pero no vio a Guifré.

Alarmado, se puso en pie de un salto y corrió hacia el borde del barranco. Se arrodilló y se asomó. Guifré estaba un poco más abajo, sobre un pequeño saliente. Ante él, la abrupta pendiente se desmigajaba en arena sin darle un punto de sujeción para subir.

—Ayúdame —le pidió Guifré al verlo.

Domènech se tumbó y estiró los brazos para ayudarle a salvar el desnivel. El primogénito se aferró a las manos que el hermano menor le tendía.

—Intenta apoyarte con los pies, vamos —le sugirió.

Domènech vio cómo su hermano obedecía y ponía los pies sobre la pared mientras él tiraba. Pero la gravilla hizo resbalar a Guifré, su cuerpo se sacudió bruscamente y una de las manos se soltó. Domènech sólo podía oír el latido de su propio corazón mientras en su mente veía a Guifré cayendo por el vacío, veía el dolor de su padre por perder al primogénito, se veía a sí mismo como...

—¡Domènech! ¡No aguanto!

El gemido de Guifré lo sacó de su estupor. Domènech volvió a asir la mano suelta que su hermano le tendía desesperado. Este se balanceó un momento, pero al fin logró hacer pie en la pared.

Ya arriba, al borde del precipicio, se sentaron resoplando. Sudoroso, con el jubón rasgado, Guifré no decía nada. Sus ojos parecían perdidos en el paisaje montañoso que tenía ante sí. Luego giró la cabeza

y miró al silencioso Domènech. Al sentir los ojos de Guifré sobre él, el pequeño bajó su propia mirada. Dobló las piernas, replegó las rodillas sobre su pecho y las abrazó. «Padre me matará si se entera de esto», pensaba. Se mordió los labios. Sus ojos azulados mostraban su matiz más gris. Estaba al borde del llanto.

—Anda, vamos al castillo —dijo Guifré con un suspiro.

Ambos se alzaron. Domènech caminaba arrastrando los pies. Dos lágrimas rodaron por su mejilla, aunque el niño intentaba ocultarlas con su melena negra. Domènech nunca lloraba. Al contrario, siempre que hacía algo que disgustaba a Guifré, sabía que con una disculpa, aunque orgullosa y sin arrepentimiento, conseguía el silencio del mayor ante su padre. Pero esta vez Guifré había estado a punto de morir. Domènech estaba aterrorizado.

Entraron al recinto amurallado y, desde la puerta de la residencia del señor, su padre los llamó acercándose a ellos a grandes pasos:

—¡Aquí estáis! Llevo buscándoos... ¿Qué es esto? ¿Qué habéis hecho con los jubones? Parecéis recién salidos de una pocilga... ¡¿Guifré?!

Domènech se mordió el labio inferior, con la cabeza baja.

—Hemos luchado contra los moros, padre.

El hombre sonrió ante la ocurrencia de su primogénito sin percibir el suspiro aliviado de Domènech.

—Está bien. Id a cambiaros de ropa y bajad al salón. Esperamos visita. ¡Vamos!

Los dos muchachos entraron en la casa señorial y corrieron hacia sus respectivas alcobas. Domènech había querido agradecer a Guifré su silencio, pero este había salido corriendo a obedecer a padre.

Ya en su habitación, el pequeño vio un austero jubón dispuesto sobre la cama. Pronto, las sensaciones de culpabilidad y afecto quedaron eclipsadas por la curiosidad de la visita. Oyó voces en el patio del castillo. Se cambió presuroso y bajó corriendo hacia el salón.

Al llegar, la puerta estaba entreabierta. El niño identificó la voz de su padre, enérgica, en plena conversación:

—Tengo grandes planes para Guifré. Será un gran sucesor. Eso sí, diferente. ¡Quiere ser navegante! Le apasionan los mapas, sabe leer los rumbos en las estrellas... Su servicio al Rey está asegurado.

—Aunque Orís quede lejos del mar, los catalanes siempre hemos sido un pueblo de navegantes. Ya hace casi doscientos años, nos atre-

vimos incluso a quemar nuestras naves para presentar batalla contra el Imperio Bizantino. Y aquellos guerreros no eran sólo de la costa —comentó una voz masculina, tan profunda como serena, con un curioso acento que suavizaba en extremo las erres.

Domènech sintió cierto disgusto. Su padre aprovechaba la menor ocasión para alabar el futuro de Guifré como barón de Orís. «Yo también batallaré por el Rey y le demostraré que soy mejor», pensó el muchacho una vez más, sin abrigar ya la esperanza de que su padre se refiriera a él. El barón continuó:

—Cierto. Con la bendición de Dios, Guifré enaltecerá el nombre de nuestro bienamado Orís.

—Y desde luego, con la entrega del pequeño Domènech a nuestra Santa Iglesia, seguro que Dios no olvidará bendecir a su familia.

Domènech se quedó perplejo. ¿Había entendido bien? ¿«Entrega del pequeño Domènech a nuestra Santa Iglesia»? Eso sólo podía significar una cosa, pero el niño no se atrevía a articular en pensamientos más claros las implicaciones de aquellas palabras.

—¿Qué haces aquí? —le sorprendió Guifré por detrás. No iba con jubón. Vestía una bonita túnica parda a juego con los rizos color paja de su cabello. Estaba tan elegante como un pequeño caballero—. Entremos.

Domènech no quería entrar. Estaba paralizado.

—Tranquilo, no le diré nada de lo sucedido esta tarde. A mí tampoco me conviene, ¿sabes? El libro... Vamos.

Guifré llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, entró en el salón. Domènech quiso ser diminuto para ocultarse tras su hermano mayor. Pero no lo era. Aunque entró el segundo, no pudo esconderse de su destino. En el salón, su padre estaba sentado en actitud relajada frente a un hombre con hábito blanco y una capa de lana negra. Era más obeso que corpulento y un cinturón de cuero, también negro, hacía más abultada su barriga. Por primera vez en sus diez años de vida, el pequeño oyó como su padre se refería a él antes que al primogénito:

—¡Ah! Aquí está mi Domènech, abad.

Era una noche fría, sin luna. El viento azotaba el carruaje haciendo imperceptible el traqueteo de las ruedas sobre los caminos irregulares. Cuando horas antes, el abad había comunicado a Domènech

que su padre se hallaba a las puertas de la muerte, el muchacho respondió:

—Dios, mi Señor, acógelo en tu seno.

Y se había postrado para orar. A ojos del abad, desde que había entrado en el monasterio hacía cuatro años, Domènech había pasado del rechazo a una devota aceptación de la disciplina de la vida monástica y se había entregado al estudio de la Ley Divina. Este cambio hizo que el muchacho se convirtiera en uno de los favoritos del abad. El hombre, nacido en la Fenolleda, en la Cataluña Norte, incluso le enseñaba francés pues intuía en el joven un brillante futuro en la Iglesia, un futuro más allá del Principado. Lo que no intuía el monje era que la entrega de Domènech se debía a la resignación, una resignación que el muchacho se cuidaba de disimular, al igual que el resto de sus verdaderos sentimientos. Por eso el abad, ahora acompañando a su pupilo en aquellas horas difíciles, pensaba enternecido en la oración por el padre moribundo: «Reafirma la llamada de la fe. He hecho bien en aconsejar su marcha a Roma, aunque lo añoraré».

Por la ventana, Domènech observó los pinos que poblaban la ascensión al peñasco. Olió la hierba rala, la tierra granítica, el fuego procedente del castillo de Orís. No sonreía, no lloraba ni había reacción alguna deducible de su expresión o su gesto.

Llegaron a la altura de la iglesia de Sant Genís y dejaron el carruaje en las cuadras que había al lado. Ascendieron las escaleras que llevaban al castillo iluminados por una antorcha que se agitaba con el furioso viento. A las puertas de la muralla, un siervo los aguardaba. En silencio, entraron al patio. Domènech miró fugazmente la pequeña capilla, a su derecha, y contrajo sus mandíbulas mientras caminaba hacia la casa señorial. Al entrar, el muchacho aminoró el paso, con las manos entrecruzadas y sus labios articulando leves movimientos, como si orara. Ya ante la alcoba, el siervo abrió la puerta y Domènech notó el calor de la chimenea en su rostro.

Su padre yacía en el lecho, con la respiración pesada e intranquila y los ojos cerrados. Guifré, arrodillado, asía la mano derecha del moribundo, sin poder contener las lágrimas que brillaban sus ojos almendrados. Domènech avanzó. Apenas los había visto en cuatro años. Guifré alzó la mirada hacia él por un instante y luego la volvió hacia el lecho:

—Padre, Domènech ha venido.

El viejo barón abrió lentamente sus ojos azul grisáceo. Parecían resecos, cansados. Miró a su hijo menor, ya un joven de catorce años.

—Os tengo aquí a los dos —balbuceó. Hizo una pausa y continuó, descansando cada dos o tres palabras para tomar el aire que a duras penas llegaba a sus pulmones—: Domènech, sé que engrandecerás el nombre de Orís, como lo hará tu hermano. Él lo hará para el Rey y continuará nuestro linaje con honor. Tú, hijo mío, lo harás para el Altísimo. Ve a Roma, estudia... Y ayuda a tu hermano, pues tu saber estará iluminado por la Gracia Divina...

El barón no pudo hablar más. Sentía cómo la muerte se apoderaba de sus entrañas. El abad, que se había mantenido en el umbral de la puerta, entró e hizo salir a los dos hermanos de la habitación. Era su turno para asegurarse de que el barón de Orís fuera recibido en el Reino de los Cielos.

Tras el entierro, era definitivo. Guifré, a sus dieciséis años, pasaba a ser barón de Orís. Aunque estuviera bajo el consejo del leal Frederic, caballero vasallo que en los últimos años se había ganado la más absoluta confianza del difunto y de los señores de Montcada, Guifré tenía edad para ser depositario de todo el poder. Domènech sabía que el ánimo de su hermano estaría ahora, ante todo, sumido en el duelo. Aun así, debía hacerlo. Respiró profundamente y abrió la puerta del estudio del nuevo barón. Se mantenía igual que como recordaba: estanterías de roble con algunos manuscritos, quizás más que cuando marchó, cubrían las paredes. Al fondo colgaba un tapiz con el escudo de la familia. Guifré estaba sentado ante la mesa, leyendo una de las muchas cartas de pésame enviadas por nobles y vasallos. El joven alzó los ojos sin apenas moverse y le sonrió con tristeza. Domènech entró en la estancia y se sentó frente a la mesa de su hermano.

—Guifré... —Domènech dudó. Suspiró e intentó que su voz sonara dulce—. Yo no... Creo en Dios, lo amo, pero he visto lo que es la vida en el monasterio... He cumplido con diligencia y honor hacia nuestra familia los designios que el Señor me ha encomendado en su casa, pero... Considero que puedo prestarle mejor servicio, ser su siervo igual, sin ser monje dominico.

Guifré lo miraba con ojos tristes y, a la vez, cálidos. Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó levemente hacia delante:

—¿Has sentido que Dios te llama desde otro lugar? ¿Acaso quieres tomar los votos definitivos en otra Orden?

—¡No! —exclamó bruscamente Domènech—. No he nacido para la Iglesia. ¡No he nacido para la contemplación, sino para la acción!

Y acompañó esta última palabra con un golpe furioso sobre la madera. Guifré no pareció sorprenderse. Simplemente, se recostó en la silla y dejó que se desvaneciera la calidez de su mirada.

—Desobedeciendo así la voluntad de padre en su lecho de muerte —concluyó.

Domènech le sostuvo la mirada mientras asentía con la cabeza. Guifré se levantó y caminó hacia su hermano. Su voz sonó seca:

—Me temo que es imposible. ¿Cómo puedes traicionar a tu difunto padre sin inmutarte? Elige la Orden que quieras, pero el testamento de padre es claro. Hay dinero para que estudies siempre dentro de la Iglesia. No hay nada más.

Domènech se puso en pie. Lanzó una mirada de desprecio a Guifré y se marchó con paso furioso.

El atardecer cabalgaba hacia la noche y Domènech seguía en la iglesia de Pals, postrado. El sonido de las pesadas puertas al abrirse sacó al dominico de sus pensamientos.

El anciano párroco del pueblo entró y avanzó presuroso por el pasillo central. Portaba algo rojizo en las manos. Al llegar ante Domènech, se detuvo e intentó ocultarlo tras su espalda. Se arrodilló, suspiró y le dirigió una mirada compasiva:

—Me temo, fray Domènech, que no traigo buenas noticias. Los caballeros han vuelto de Les Gavarres —anunció con voz queda. Se mordió el labio inferior. Su rostro estaba surcado por profundas arrugas. El párroco le entregó lo que llevaba y continuó—: Han traído a un caballero herido y han hallado a otro muerto. Dios los acoja en su seno. Ninguno era el barón de Orís. Esto es lo único que han encontrado de su señor hermano.

Domènech miró lo que el sacerdote le había dado. Eran los restos de una túnica. Aún se percibían los trazos de un sencillo brocado dorado. Estaba rota, manchada de sangre y barro. Los ojos de Domènech se mostraron de un azul intenso, su cara apenas dejaba ver un leve movimiento de las mandíbulas apretando los dientes. El viejo párroco tuvo

la sensación de hallarse ante una estatua de expresión severa y atemorizante, pero debía continuar:

—El señor Gerard de Prades, conde de Empúries, desea verlo. Le aguarda en su casa.

Domènech miró al sacerdote. No habló. Simplemente hizo un gesto afirmativo con la cabeza, se puso en pie y salió de la iglesia por la puerta principal. La noche había caído. Sintió cómo el aire traspasaba su hábito. Empezó a caminar entre las crepitantes teas. Colgadas de las paredes, levantaban sombras irregulares por las callejas. La túnica de Guifré seguía pegada a su pecho, pero la agarraba con tal fuerza que le dolía la mano.